

TONI BRITO



Viajeros  
Infrecuentes



Fragmento del libro

# Viajeros Infrecuentes

Toni Brito

Reservados todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización escrita del titular de su propiedad intelectual y sus derechos de explotación.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

©Antonio Brito, 2017

Blog [viajerosinfrecuentes.com](http://viajerosinfrecuentes.com)

Imagen de la cubierta: Pixel&Roi

Fotografía del autor: Olga Vallejo

Impreso y encuadernado por: Amazon CreateSpace

ISBN: 9781520894591

Depósito legal: M-9332-2017

Impreso en España

*Hace tiempo leía libros, y en uno de ellos alguien había escrito: Quisiera llegar a un lugar del que no quisiera regresar. Ese lugar lo busca todo el mundo. Yo también. Hay quien tiene léxico para expresar esa necesidad y hay quien tiene dinero para satisfacerla.*

Manuel Vázquez Montalbán

*Los mares del sur, 1979*

*Y como además sale gratis soñar  
y no creo en la reencarnación,  
con un poco de imaginación  
partiré de viaje enseguida  
a vivir otras vidas,  
a probarme otros nombres,  
a colarme en el traje y la piel  
de todos los hombres  
que nunca seré.*

Joaquín Sabina

*La del pirata cojo, 1992*

## Fotos de viaje

El médico me pronosticó una convalecencia de al menos dos meses, sin contar con la más que segura rehabilitación que vendría después. Desde el extremo de mi pierna, mi pie derecho parecía mirarme con cara de recluso en prisión de escayola, sabedor de que era el culpable accidental de haber arruinado mis vacaciones y mi verano.

La complicada fractura de dos huesos metatarsianos y la posibilidad de que acabaran por desplazarse desembocando en una inevitable operación, a la que no tenía la menor gana de someterme, me obligó a mantener el pie inmóvil durante semanas. Es fácil de decir, parece sencillo. Pensaría uno que basta con tirarse en la cama o sentarse en el sofá con el pie en alto... Durante las veinticuatro horas del día. Después de las escasas primeras horas de inmovilización, estuvo claro que necesitaba a mi alrededor el mayor número de entretenimientos posibles para sobrellevar el día sin la tentación de echarme a la calle con las muletas al hombro. Leer, escribir, escuchar la radio, consultar las redes sociales, ver series de televisión, jugar a cualquier juego tonto que ofreciera el móvil... Después de años quejándome de falta de tiempo, descubrí, en toda su magnitud, cuántas horas tiene el día.

Durante mi segunda jornada de encierro, me propuse hacer de mi necesidad virtud y dedicarme a cualquier tipo de tareas que había relegado durante meses con cualquier excusa. Organicé cuentas de gastos, archivé recibos, arreglé asuntos pendientes con el banco.

El tercer día recordé una tarea que me parecía mucho más apetecible: organizar todas las fotos de viajes que se iban acumulando en el disco duro de mi ordenador sin ningún tipo de orden ni limpieza, y a riesgo de desaparecer para siempre por un eventual fallo informático que siempre acaba por llegar.

Puestos a seguir algún tipo de orden, comencé por revisar las imágenes del viaje más reciente que me había llevado a Tailandia durante casi tres semanas. Repasé concienzudamente foto por foto, eliminando aquellas que estaban borrosas o desenfocadas, las repetidas una y cien veces quizá por exceso de presión en el disparador, las fotos accidentales que retrataban un pedazo de suelo o la palma de una mano... Con el resto, con las dignas de ser conservadas, fui creando carpetas, una principal para el viaje en sí y varias subcarpetas para los distintos destinos: Bangkok, Chiang Mai, Phuket... De esta manera confiaba crear mi gran biblioteca fotográfica que, bien clasificada y optimizada, podría colgar en la nube y mantenerla a salvo mientras las

nubes de datos siguieran existiendo para que, en el futuro, quién sabe si en otra aburrida convalecencia, pudiera revisarlas y recordar mis viajes a placer.

Pasé horas revisando cientos de imágenes. Al final de la mañana tenía ya la vista un poco aturdida y temía confundir los gestos mecánicos de borrar o guardar y acabar eliminando las fotografías que quería conservar, así que me tomé un descanso. Me levanté en mi inestable equilibrio de una pierna y estiré la otra facilitando que la sangre circulara libre hasta los dedos del pie. Tras trastabillar un rato por el piso con las muletas, con más intención de desentumecer mis extremidades que cubrir necesidades básicas, volví a ocupar mi asiento en el sofá para continuar mi tarea. Sin embargo, me encontré con algo que, aunque no podía sospecharlo entonces, acabaría por desbaratar mi riguroso proceso de clasificación, y casi mi vida entera.

En ese momento revisaba fotografías de un viaje a Bali del que guardaba muy buen recuerdo. Exóticos paisajes de arrozales y palmeras, templos de leyenda y hoteles que representaban a la perfección el lujo asiático. En uno de esos hoteles, un resort de la península de Nusa Dua, se me veía, moreno y sonriente, sosteniendo una cerveza en la terraza que daba a la playa. La imagen mostraba un paisaje idílico de cielos claros, vegetación exuberante y una playa paradisíaca. Yo aparecía en el centro de la imagen y tras de mí algunas otras personas se distribuían por la terraza o por la playa. Lo que me llamó la atención fue que unas mesas más allá, una mujer miraba fijamente a la cámara. Era una mujer mayor, de pelo blanco, y destacaba porque su vestido negro contrastaba con la colorida vestimenta vacacional de pareos y bañadores del resto de personajes de la foto. Tenía, además, el gesto serio, las mandíbulas apretadas, que daban a su mirada una fiereza inesperada. Daba la impresión de estar terriblemente enfurecida por el hecho de que alguien, aunque fuera de forma accidental, le sacara una foto.

Lo más desconcertante era que aquella mujer me resultaba familiar. No recordaba ningún encuentro con ella durante mi estancia en Bali, aunque de aquello hacía tres años, pero desde luego había visto su cara con anterioridad, tal vez en las fotos que acababa de revisar. Me pareció irónico y hasta gracioso que alguien que detestaba de aquella manera figurar en las fotos de extraños apareciera en varias de ellas. Algo por otra parte inevitable, dada la tentación que tenemos todos de retratar cada momento de nuestras vacaciones.

Por pura curiosidad volví atrás y eché un vistazo a las fotos ya clasificadas en la carpeta de Bali, tratando de encontrar de nuevo el momento en que habíamos capturado la imagen de aquella mujer, pero no la encontré. Aún divertido, la imaginé con gesto

huraño en cualquiera de las fotos desenfocadas que había eliminado, quizá en la playa, en la piscina o, quién sabe, en cualquier otro lugar de Bali, al fin y al cabo, era una isla pequeña. No era difícil encontrar a los mismos viajeros una y otra vez en cada enclave turístico.

El timbre interrumpió mi entretenimiento. Esperé durante un momento en completo silencio con la sospecha, y casi esperanza, de que fuera cualquier vendedor o lector de contadores que se marcharía al no recibir respuesta, pero el timbre volvió a sonar. Una vez logré, no sin dificultad, incorporarme, alzarme sobre las muletas y desplazarme hasta la puerta, encontré al otro lado a la sonriente portera que hacía tintinear una llave con la mano en alto, delante de sus ojos, como si hiciera sonar una campanilla.

La llave en cuestión era la que ponía en funcionamiento una silla mecánica que, adosada a la barandilla, permitía a los impedidos como yo salvar las escaleras de la entrada de mi edificio. En un primer momento la rechacé aduciendo que se trataba de una convalecencia de poco tiempo y que en cualquier caso tenía que estar inmóvil dentro de casa, aunque en el fondo quería evitar verme a mí mismo en aquella imagen de la anciana que sale disparada por las escaleras a bordo de la silla en la película de los *Gremlins*. En cualquier caso, África, la portera, no pensaba irse de allí sin haber cumplido su misión de entregarme la llave y, sin dejar de convencerme de que tarde o temprano la necesitaría, se las arregló para metérmela en el bolsillo antes de que yo pudiera descolgar los brazos de las muletas.

Cumplida su misión se interesó por mí, por cómo me encontraba, si necesitaba algo, y, como para contrastar mis respuestas, trataba de mirar detrás de mí para comprobar el estado del piso. Por fortuna mi incapacidad de movimiento también limitaba mi capacidad para el desorden y la casa se encontraba razonablemente recogida y limpia, o al menos todo lo limpia que podía dejarla la señora que venía a limpiar un par de veces a la semana.

En su inspección ocular, la mirada de África debió toparse con el mosaico de imágenes que ocupaba mi tiempo, lo que le dio pie a exclamar, más que a preguntar, si estaba revisando las fotos de mi último viaje.

Más tarde no pude evitar pensar que había sido una pequeña treta practicada durante sus años de experiencia como portera y cotilla oficial, porque juro que apenas me desplazé, solo uno o dos pasos que me permitieron girarme y mirar en la dirección que me señalaba. Fue un movimiento absurdo porque yo ya sabía que se refería a mi

ordenador, pero ella aprovechó ese gesto para abrirse paso hacia el interior del piso y, como si formara parte de algún cuerpo especial de seguridad, estoy seguro de que abarcó todos los rincones del salón con la mirada en los cuatro o cinco pasos que la separaban de la mesa donde reposaba el ordenador.

—¿Entonces así es Tailandia? — me preguntó, fijándose en las imágenes.

—No, no —la corregí—, esto es de un viaje anterior, a Bali.

—¡Ah! —Fue todo lo que dijo, pero me miró de una manera, siempre sin perder la sonrisa, que no dejaba lugar a dudas de lo que esperaba.

—Las de Tailandia están aquí — dije, apoyado en una muleta y moviendo el ratón a la carpeta en cuestión a fin de mostrar las imágenes.

Puse el modo presentación para que las fotografías se sucedieran por sí solas, con la esperanza de que, después de diez o doce, África, o doña África —nunca sabía cómo llamarla— recordara que tenía cosas que hacer. Al fin y al cabo, a nadie le gusta ver las vacaciones de los demás, o eso creía yo.

Las imágenes fueron desfilando acompañadas de breves comentarios y expresiones de admiración de la portera que debía sentirse en la obligación de rubricar cada una de las fotos para mostrar su interés: qué bonito, qué grande, uy qué curioso, qué divertido, qué trajes tan raros, qué señora tan seria...

Yo no estaba atento, miraba sin mirar, pensando en la incomodidad de sujetarme allí de pie con las muletas y decidiendo si sentarme a pesar de que pudiera parecer una invitación a alargar la sesión. Pero al escuchar ese comentario lancé mi mano hacia el ordenador para hacer retroceder el carrusel de imágenes, y allí estaba.

La foto estaba tomada en el río Chao Phraya de Bangkok. Yo aparecía en el centro, apoyado en la barandilla del barco de línea regular que nos trasladaba probablemente hasta el siguiente punto de nuestra visita. Detrás de mí se apreciaban las turbias aguas del río y las casas flotantes a lo largo de la ribera. El barco estaba atiborrado de gente, algún turista, muchos tailandeses, incluso un monje con su característico manto naranja. La mayoría miraba hacia el exterior del barco, hacia el río, algunos tenían la mirada perdida en algún punto del interior, pero en el extremo izquierdo de la foto, aunque más cerca de la cámara incluso que yo, se veía a la mujer de pelo blanco mirando fijamente.

África se dio cuenta de que algo sucedía y preguntó:

—¿Quién es? ¿Viajaba contigo?

—No, pero juraría que la he visto en otra foto. De otro viaje.

—¡Uy, qué casualidad! Yo también coincidí dos veces con un matrimonio. Les



conocí una vez que fui con mi marido, que en paz descansa, a Altea; y años después, ¿dónde los vi? ¡Comiendo una paella a nuestro lado en Denia! ¡Con lo grande que es Valencia!

Intenté hacerle ver la diferencia entre la Comunidad Valenciana y la distancia que puede haber entre Bangkok y Bali. La casualidad me parecía prácticamente imposible.

– A lo mejor es tu ángel de la guarda – dijo entusiasmada.

La miré estupefacto, esperando la carcajada que debía acompañar aquella teoría tan trasnochada, pero no la hubo. De inmediato desistí de seguir debatiendo y me centré en la imagen.

África aprovechó mi mutismo para recordar sus quehaceres y se marchó dejándome allí, revisando y comparando ambas fotografías. No había dudas, la misma mujer, el mismo pelo blanco, el mismo gesto en la cara, hasta parecía el mismo vestido negro.

Guiado por un impulso que no se basaba en ningún razonamiento lógico, abrí la carpeta del viaje a las Azores. El único que había tenido tiempo de clasificar entre Tailandia y Bali. Fue un viaje corto, de apenas cuatro días, así que pude revisar con cierta rapidez todas las imágenes de prados y volcanes de la isla de São Miguel. Para mi alivio, y no sin sentirme un tanto estúpido, comprobé que no había rastro de aquella mujer. Me reí yo solo, pero antes de darlo por zanjado, me topé con ese icono que simboliza una papelera donde se mantienen durante un tiempo los archivos eliminados y decidí rebuscar entre la basura. Me bastaron solo unos segundos para dar con ella. Una foto desencuadrada de Punta Delgada. Yo me encontraba delante de una iglesia, pero la imagen estaba torcida y las torres estaban cortadas por el margen de la foto. Detrás de mí, junto a la puerta de la iglesia, estaba la mujer. En esta ocasión se la veía más lejos, pero el vestido negro y el pelo blanco no dejaban lugar a dudas. No había nadie más en la plaza y ella miraba fijamente hacia la cámara. Su cara no se veía nítida, pero por supuesto la imaginaba seria, dura, enfurecida.

Mentiría si dijera que no me puse nervioso, muy nervioso. Más bien aterrado. Intentaba pensar que era producto de mi imaginación, que eran distintas mujeres, pero acabé por abalanzarme con desesperación sobre las miles de fotos que quedaban por organizar.

Pasé horas y horas pegado al ordenador con el pulso cada vez más acelerado por cada

descubrimiento. A medianoche había descubierto hasta seis fotografías en las que aparecía aquella mujer. En Argentina, en Perú, en Israel... Se encontraba a pocos pasos de mí en la Plaza de San Pedro, observaba fijamente al pie de la Torre Eiffel, lucía su negro vestido bajo el sol implacable de Petra... Resistiéndome a inventar cualquier teoría paranormal, me preguntaba una y otra vez por qué esa mujer me perseguía a cualquier rincón del mundo. Tuve la tentación de llamar a quien me había acompañado en esos viajes para compartir el descubrimiento, para tratar de buscar explicaciones, pero las fotos me pedían seguir buscándola y se hacía tarde para una llamada por otra parte muy difícil de explicar.

Debí dormirme en algún momento mientras repasaba las fotografías de Brasil. Fue un sueño intranquilo propiciado por mi descubrimiento. La mujer de negro me perseguía y no conseguía esconderme de ella en ningún lugar, mirara donde mirara allí estaba ella con sus ojos llenos de ira. A la mañana siguiente me despertó América, la señora que venía a limpiar, que me encontró tirado de cualquier manera en el sofá con el pie escayolado en un precario equilibrio sobre una silla, a punto de caer y estamparse dolorosamente contra el suelo. De forma sorprendentemente eficaz, tuvo el acierto de sujetarme el pie antes de despertarme, evitando así que un sobresalto diera al traste con mi recuperación. El susto fue auténtico, porque, aunque América no tuviera ningún parecido con la mujer de las fotos, no esperaba encontrar al abrir los ojos a una señora sujetándome la pierna.

—Pero, hijo mío, qué gritos, ¿tan fea soy?

—Perdón, estaba soñando y me he asustado.

—¿Has pasado la noche aquí?

Su tono de voz no hacía nada por ocultar un tono de reproche y, antes de que empezara a pensar que me estaba echando a perder, decidí explicarle el motivo.

—Es que he descubierto algo muy extraño.

En el fondo necesitaba compartir aquello con alguien. Aún somnoliento, intenté explicarlo de forma escueta y sencilla, pero, como era de esperar, la cara desconcertada de América exigía pruebas, así que la llevé por la colección de fotos en las que aparecía aquella mujer. A cada imagen que le mostraba buscaba su reacción. No estaba seguro de si solo quería confirmar que no estaba loco, o que alguien pudiera darme una explicación razonable.

—Debe ser una espía.

La miré con intriga, pero América permanecía con gesto serio, observando una

de las fotos como quien inspecciona una filigrana en un cuadro de El Prado.

No tuve tiempo de ahondar en aquel comentario porque sonó el timbre y, antes de que pudiera decir nada, América abandonó su gesto de auscultación para dirigirse a la puerta. Al otro lado se encontraba la siempre sonriente África con lo que parecía ser un bizcocho recién horneado. El simple olor me hizo recordar que no había comido nada desde la mañana del día anterior.

África y América, la coincidencia era insustancial porque no podían ser más distintas. La una madre de familia, religiosa, devota ama de casa, sonriente y zalamera. La otra moderna, a su manera, independiente, arisca, incomprensiblemente erudita para lo habitual en su gremio. Entre las dos parecía existir una cierta animadversión intercontinental que se traducía en sutiles desplantes y sarcasmos en los que yo solía estar en medio.

—Uy, pensé que estaba el chico solo —dijo la portera, como toda forma de saludo a América, fingiendo que no conocía de sobra las idas y venidas de todo aquel que visitaba el edificio—, y como el pobre está desvalido, pensé pues alguien tiene que ocuparse de él.

Quise protestar, decir que me apañaba para sobrevivir perfectamente, pero América se adelantó.

—Ya estoy yo para todo lo que necesite.

—Uy, no lo sabía, es que ayer vi el piso tan desordenado que pensé que no estaba viniendo usted.

—Es que como el chico no se maneja bien con las muletas lo tira todo enseguida —replicó América herida en su orgullo de guardiana del orden y la limpieza de aquel piso.

Yo quise protestar de nuevo, hacer valer mi autosuficiencia, decirles que a mis treinta y tantos difícilmente podían seguir tratándome como «el chico» con aquella displicencia, pero opté por cubrir primero mis necesidades básicas.

—Qué bien huele ese bizcocho.

—Uy, lo ha hecho mi hija. Bueno yo, pero con su ayuda. Le he dicho que te lo trajera ella, pero le da vergüenza. Como es tan tímida.

—Mi sobrina también cocina —intervino América sin venir a cuento—. Y lo hace ella sola, sin ayuda —añadió con retintín.

—Es que mi hija no tiene tanto tiempo libre, como trabaja tanto...

Lejos de intentar entender a qué venía aquella conversación, y ni mucho menos

intervenir, me abalancé sobre una porción de bizcocho obviando el hecho de que ni siquiera me lo habían ofrecido aún.

—Delicioso, doña África, delicioso —elogié con la boca llena y dejando caer varias migas en el proceso de devorarlo.

La portera ensanchó su sonrisa con satisfacción, pero América señaló el suelo lleno de migas como prueba de su anterior argumento.

—¿Lo ve? ¿Ve cómo deja todo?

La portera ignoró el comentario y se adentró en el piso para dejar el bizcocho sobre la mesa del salón. Una vez allí, volvió a toparse con el ordenador.

—¿Estabais viendo fotos? —preguntó—. Yo ya las vi ayer —añadió, dirigiéndose a América con una mirada cargada de superioridad.

—Hemos encontrado una espía —indicó América por toda respuesta.

—Es su ángel de la guarda —sentenció África.

África y América se enzarzaron en una discusión sobre teorías a cuál más inverosímil, pero de alguna manera todo aquel parloteo calmó la ansiedad con la que me había quedado la noche anterior. El hecho de hacer partícipe de mi inquietud a alguien, aunque fueran aquellas dos cotorras, aliviaba mis miedos, aunque desde luego no lograba dilucidar ninguna explicación razonable.

—Tiene que ser alguien del servicio secreto —apuntaba América.

—Una presencia que te acompaña hasta que liberes su alma —conjeturaba África.

—Es alguien que piensa que tienes algo que le pertenece o que quiere robártelo, y te persigue por el mundo para averiguar dónde lo tienes escondido.

—O es la madre de un niño robado y piensa que eres su hijo perdido.

Hasta que no me libré de mis cuidadoras espontáneas, no recordé retomar el paso obvio que se me había quedado pendiente la noche anterior. Ya era la hora del aperitivo y Víctor contestó al teléfono desde lo que parecía una granja de pollos hasta que me aclaró que se encontraba en un bar. Me tomé el tiempo de maldecir mi suerte que me ataba al sofá de mi casa mientras mis amigos disfrutaban de los bares y terrazas, pero cuando quise plantearle el motivo de mi llamada no supe por dónde empezar. Víctor me había acompañado por lo menos en los últimos seis o siete viajes y por fuerza debía haber sido él el que tomó muchas de aquellas fotografías.

—¿Te suena de algo una mujer de pelo blanco y vestido negro?

—¿Qué?

Yo mismo era consciente de que aquello no tenía sentido, pero probé otra vez alzando mi voz para intentar ser oído por encima de aquel jaleo.

—¿Te suena haber visto en alguno de nuestros viajes a una mujer de pelo blanco y vestido negro?

—Pero ¿qué dices? Creo que te estoy oyendo mal, aquí hay mucho ruido.

Ante la dificultad opté por otra alternativa.

—Necesito que vengas a mi casa y me expliques algo que he visto en unas fotos de nuestros viajes.

—¿Cómo?

—Creo que es importante, Víctor.

Por alguna razón, cuando mencionas el nombre de la persona con la que hablas, imprimes un cariz más grave a lo que dices.

—Vale, ¿mañana te viene bien?

—No, ahora, en cuanto te termines la cerveza.

Mi tono de voz debió resultarle lo suficientemente expeditivo porque me aseguró que estaría en mi casa en media hora.

Ni siquiera llegaron a pasar veinte minutos cuando sonó el timbre de la calle. Mis movimientos ralentizados por la escayola y las muletas me hacían pensar que tardaría menos mi amigo en llegar desde el bar a mi casa que yo en recorrer la distancia que separaba el sofá del telefonillo. Cuando por fin descolgué el aparato, no se oía nada. Había pasado ese tiempo de respuesta que los ingenieros debieron considerar oportuno al crear los porteros automáticos sin pensar en alguien de movimientos limitados. Al no poder abrir ni comunicarme con Víctor, esperé resignado junto a la puerta a que volviera a tocar, pero o mi amigo era demasiado considerado haciendo tiempo o se había marchado suponiendo que no estaba en casa. A medida que pasaban los segundos ganaba fuerza, para mi enfado, la segunda opción. ¿A dónde se creará que me he ido si estoy encerrado en esta casa?

Seguía maldiciendo, cuando me sobresaltó el timbre de mi piso. Tan fácil como eso, alguien le debió abrir el portal a Víctor y ya había subido hasta mi planta. Empecé a pensar si la convalecencia o el encierro estaban haciendo de mí un cascarrabias.

Solo tenía que dar dos pequeños saltitos a la pata coja para alcanzar la puerta y apoyarme con una mano en ella. Tal y como estaba en esa postura, me acerqué a la mirilla antes de abrir por un simple y casual impulso que agradecería eternamente. Al otro lado de la puerta, enmarcada por la penumbra de la luz del pasillo, una siniestra mujer de

pelo blanco y vestida de negro parecía mirar directamente a mi pupila.

Me despertó un golpe seco contra mi mejilla izquierda. A continuación, recibí otro en toda la extensión de mi mejilla derecha. Al abrir los ojos encontré a mi amigo Víctor dispuesto a propinarme un tercer bofetón contra el que grité enérgicamente. Aún con la mano en alto como si todavía valorara la posibilidad de zurrarme una vez más, me preguntó:

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Dejé de gritar para centrarme en ambas preguntas, pero no supe responder ni la una ni la otra. ¿Estaba bien? Me encontraba tendido en el suelo, sentía un cierto dolor en la cabeza y también un terrible dolor en el pie roto; bajo mi espalda, una molestia espantosa allí donde luego descubrí que se encontraba una de las muletas.

¿Qué me había pasado? Al momento recordé a la mujer y comencé a gritar de nuevo.

—¡La mujer de negro! ¡La mujer de negro! ¡Estaba aquí!

La cara de Víctor no podía reflejar mayor confusión.

—Creo que está desvariando —comentó, girándose hacia atrás a alguien que no era yo.

—Es su ángel de la guarda, se le debe haber aparecido.

Inclinando mi cabeza, antes de poner los ojos en blanco, vi a la portera que componía un gesto de preocupación juntando las manos en un puño a la altura de su pecho, donde sostenía la copia de las llaves de mi piso.

Víctor había llegado hasta mi casa, pero al no abrirle ni contestar al teléfono y sabiendo que no podía moverme de allí, se preocupó acertadamente y fue a buscar a la portera para que hiciera uso de sus llaves de emergencia.

Cuando me depositaron en el sofá y mientras debatían entre ambos la necesidad de llevarme a urgencias sin que mi opinión tuviera ningún valor en la conversación, traté de llevar su atención a lo que yo consideraba grave del asunto: una misteriosa mujer, que aparece en al menos media docena de mis fotografías alrededor del mundo, acababa de estar en la puerta de mi casa.

Por suerte mi amigo accedió a revisar las fotos en cuestión, con los comentarios de fondo de África, y coincidió en que se trataba de algo realmente extraño. No sé qué esperaba que me dijera, supongo que era algo iluso pensar que él podría tener una explicación, pero confirmó que ni recordaba haber visto a aquella mujer en su vida ni

mucho menos haberle hecho fotos.

– Pues ahora ha venido a visitarme – le dije entre confuso y asustado.

– ¿Estás seguro de que esa mujer estaba en tu puerta? ¿No puede ser que te cayeras mientras hacías equilibrios entre el telefonillo y la puerta, y que hayas soñado con ella?

Es muy duro que alguien dude de tus palabras, siempre pensé que no debe haber experiencia más frustrante que la de que te tomen por loco, pero estaba equivocado, es mucho peor cuando ni tú mismo estás seguro de lo que has visto o lo que recuerdas. Tal vez Víctor tenía razón. No recordaba haberme caído y, aunque en un principio di por sentado que había perdido el equilibrio por el susto, tal vez había sucedido al revés.

– Sea como sea, no pienso quedarme solo.

Mi amigo valoró mis palabras, y por su gesto deduje que si accedía a la petición no formulada de que fuera él quien me hiciera compañía, se debía más bien a la preocupación por el golpe en mi cabeza que a la posibilidad de que una vieja fantasmagórica se presentara en casa.

– ¿Tienes cerveza? – Fue su respuesta.

A su espalda África asentía aprobando la solución y se despedía ofreciendo de nuevo su ayuda para cualquier cosa que pudiéramos necesitar.

Víctor tuvo que improvisar una comida para dos con lo que encontró en mi nevera y dejamos transcurrir la sobremesa y la tarde entera elucubrando teorías que explicaran mi hallazgo.

Puedo imaginar cómo se resolvían los misterios en la antigüedad, incluso recordar cómo se investigaba hace unos quince o veinte años, pero hoy en día la tecnología deja poco margen al esfuerzo detectivesco. Víctor utilizó mi ordenador para escribir en el buscador de Google: «Señora vestida de negro y pelo blanco que aparece en las fotos», y a continuación pulsar el botón de «Voy a tener suerte».

No la tuvimos, pero eso no nos impidió probar con otras fórmulas muy diversas desde «apariciones en fotografías» a «personas que persiguen a viajeros». Encontramos todo tipo de leyendas urbanas y teorías extravagantes, pero a pesar de que internet estaba lleno de casos «reales» de situaciones tanto o más misteriosas narradas en primera o tercera persona, no éramos capaces de encontrar un caso lo bastante similar al nuestro.

Empezó a oscurecer mientras nosotros continuábamos entregados a la búsqueda, cuando de repente sonó el timbre. No el de la calle, sino el de la puerta de mi casa. Quizá sugestionados por tantas historias que habíamos leído y por mi experiencia reciente,

tanto Víctor como yo quedamos paralizados por el sonido y levantamos la vista hacia la puerta sin decir ni una palabra. No sucedió nada durante un momento, y ninguno de los dos hizo el menor amago de acercarse a observar. Miré a Víctor y levanté las cejas de forma elocuente invitándole a hacer. «Ve tú», le decía sin hablar, pero él negaba con la cabeza muy despacio, sabiendo que no tenía motivos para no ir. Mi mirada iba de la puerta a mi escayola para que comprendiera que yo era el menos indicado para moverse. Mientras continuaba el vaivén de gestos y miradas, nos sobresaltamos de nuevo al oír una llave en la cerradura. Víctor se levantó poniéndose en guardia y yo le imité como podía hasta que la puerta se abrió y de entre las sombras emergió América cargada de bolsas.

—Pero qué oscuro está esto, ¿estáis ahorrando luz?

Al encender las luces del salón encontró a Víctor en posición de ataque, cuchillo de cocina en mano, y a mí sosteniendo la muleta como si fuera un bate. Pasado el embarazoso momento, América nos hizo saber que también había estado investigando por su cuenta. Haciendo gala de su eficiencia en la limpieza, en un momento despejó la mesa de restos de comida y trastos y desplegó una colección de libros y revistas que fue sacando de las distintas bolsas que traía consigo. Cuando terminó de colocarlos todos, se sujetó mejor las gafas y poniendo el dedo índice en la sien pensativamente, un gesto muy habitual en ella cuando pretendía recordar algo, empezó a descifrar aquel mosaico que había formado.

—Estos de aquí tienen relación con espionaje, americano y soviético, porque es lo que más abunda en la biblioteca, pero también esta revista habla sobre el CNI español y cómo proceden cuando tienen que seguir a alguien.

—¿Pero por qué iban a seguirme a mí?

—Tal vez te confunden con un espía, quizá piensen que en alguno de tus viajes al extranjero vas a encontrarte con un contacto para entregarle algún tipo de información. No eres espía, ¿verdad? —preguntó de repente, levantando la cabeza y mirándome por encima de las gafas; pero sin darme tiempo a responder siguió hablando—. Supongo que si fueras espía no nos lo dirías... Aunque tampoco nos habrías revelado que alguien te sigue... Bueno, continúo. Los de aquí podemos decir que tratan sobre actos delictivos, secuestros de turistas, estafas, sicarios. Tal vez alguien ha contratado a esa mujer para robarte o darte un susto, y lo está consiguiendo. Y, por último, los de este lado tratan sobre apariciones. Ojo, exclusivamente sobre apariciones en fotografías, que es una subcategoría en sí misma. Todo mentiras, por supuesto, pero



los he traído para callar a tu portera.

Terminada su introducción sacó del bolso un termo de café que colocó junto a los libros y tomó posición en la cabecera de la mesa dispuesta a pasar las horas que hicieran falta hasta resolver el misterio.

—Esta mujer no conoce internet, ¿verdad? —comentó Víctor por lo bajo al ver aquel despliegue.

Por mi parte, hasta me emocioné un poco por su predisposición a ayudar, aun sospechando que en el fondo le movía más la intriga que la solidaridad.

Durante esa noche averiguamos que los espías nunca se dejarían fotografiar, a menos que quisieran forzar un encuentro y buscaran una forma de contacto discreta a ojos de otros.

—Imagina que te siguen espías malos —teorizaba América— y que esa mujer fuera de los buenos. Los espías malos no saben quién es ella, pero si te habla o te pasa algún tipo de mensaje se darían cuenta. ¿De qué forma podría llamar tu atención? Apareciendo en tus fotos.

—Ya, pero... ¿y luego qué? —rebatía Víctor—. ¿Qué se supone que tendría que hacer él?

—Esperar el momento oportuno en que ella pueda presentarse en mi casa y darse a conocer —dije yo para dar fundamento a la visita que había recibido.

—No sabemos si lo has soñado —replicó él.

También supimos que hay estafadores especializados en todo tipo de timos complicados e inverosímiles dirigidos a turistas.

—Tal vez al aparecer en tus fotos pretenden crear algún tipo de prueba para luego demostrar que te conocen. ¿Quizá quieren cobrar algún seguro diciendo que viajaban contigo? —aventuró Víctor sin mucha convicción.

—Para eso tendría que pasarme algo a mí contesté yo.

Lo que nos devolvía a la amenazante presencia de la mujer en mi pasillo.

—Según esto —añadió América, metiendo el dedo en la llaga—, hay sicarios especializados en minar la moral de sus víctimas. Antes de hacerles daño se dejan ver, entran en sus casas, les revuelven sus cosas... A lo mejor aparecer en tus fotos es una manera de decir que te tienen vigilado.

—Creo que prefiero la teoría de los espías —dije yo.

En un extremo de la mesa permanecían los libros y las revistas que tocaban temas sobrenaturales. Cada uno de nosotros los habíamos ojeado en algún momento, pero al

parecer teníamos cierto pudor en comentarlos. Hay una barrera en la mayoría de las personas que nos consideramos medianamente cuerdas y razonables a la hora de introducir en una conversación sería algún factor paranormal. Espíritus, fantasmas, monstruos, ángeles, proyecciones astrales... Según aquellos libros todos podían aparecer en una fotografía y se documentaban casos con mucho más detalle de lo que habíamos podido encontrar con respecto a espías y delincuentes.

—Creo que necesitamos a alguien con más... «imaginación», para meternos en estos temas —decidí.

América puso los ojos en blanco sabiendo lo que venía a continuación.

África no podía estar más contenta cuando recibió la llamada solicitando su ayuda.

—Sé que es un poco tarde... —intenté disculparme, pero no me dio tiempo a terminar.

—Nada, nada, ahora mismo estoy ahí.

Debió subir a mi piso como una exhalación, tan rápido como sus años le permitían, porque cuando Víctor abrió la puerta aún estaba resoplando. El cansancio no ocultaba su cara de satisfacción, y si la presencia de América le perturbaba, no dio muestras de ello.

—Vamos a identificar a tu ángel de la guarda —dijo con una gran sonrisa mientras nos mostraba un pequeño paquete envuelto en un pañuelo—. He traído las cartas de la suerte —nos reveló y, levantando una bolsa de tela que colgaba de su otra mano, añadió—: También he traído croquetas, por si no habéis cenado.

Miré a América que movía la cabeza en silencio de un lado a otro como diciendo «te dije que no era una buena idea», a lo que solo supe contestar encogiendo mis hombros y dedicándole una mirada cargada de intención que quería decir «al menos tenemos cena».

Daba la impresión de que África había dedicado su vida, además de a regentar la portería, a indagar sobre cualquier tema místico que llegara a sus oídos. Como conocedora de rumores y leyendas paranormales era una fuente al nivel de Iker Jiménez o Jiménez del Oso, considerando su edad, pero tenía una especial inclinación hacia los ángeles que había que corregir para evitar que nos dedicara un monográfico.

—Un ángel, seguro, y te va siguiendo por el mundo porque cuando uno está fuera de casa es más propenso a que le pasen cosas. Yo por eso le digo a mi hija que en Madrid se está muy bien; que no hay necesidad de ir buscando problemas fuera con lo

seguro que está uno en casa. —Y luego sin venir a cuento añadió mirándome a los ojos— : Mi hija sabe cuidar muy bien de una casa. Vamos, que al que se case con ella no le van a dar ganas de irse.

Víctor no pudo evitar reírse por lo bajo. Por suerte América llegó al rescate centrando la conversación mientras ojeaba uno de sus libros.

—¿Y para qué se supone que sirven las cartas? ¿Para comunicarse con los ángeles? —Creía que la religión y las supersticiones eran incompatibles.

África hizo una mueca de contrariedad, pero se recompuso enseguida.

—Las cartas sirven para verlo todo. Si hay una presencia benéfica o maligna rondando a este chico lo averiguaremos.

Si no estuviera preocupado por el misterio de la mujer de las fotos, todo aquello me habría parecido un circo ridículo. Víctor sin embargo parecía de lo más entregado al ritual, y hasta América se había dejado llevar por la curiosidad.

África apagó las luces y encendió algunas velas que había traído para la ocasión. Despejó la mesa y nos hizo sentarnos alrededor, yo frente a ella y Víctor y América a los lados. Con sumo cuidado desató el pañuelo extrayendo un mazo de cartas de grandes dimensiones que colocó sobre la mesa y me hizo cortar con la mano derecha. A continuación, cogió ella misma las cartas y las dispuso formando un círculo. Su gesto era tan serio que lograba hacerme olvidar que se trataba de mi risueña portera. Una vez terminado el círculo, se detuvo; y apartando por un momento el resto de cartas, comenzó a observar las que tenía delante. Aunque me repetía a mí mismo que no creía en aquello, no podía evitar seguir cada uno de sus gestos intentando interpretar cualquier mala noticia que fuera a darme, pero lo que encontré en su cara fue extrañeza. África pasaba la mirada de unas cartas a otras sin acabar de decir nada. Cuando creí que había pasado el tiempo más que suficiente para interpretar el más allá, me atreví a interrumpir.

—¿Y bien? ¿Hay alguna presencia?

—¡Esto está lleno de gente! —exclamó con frustración.

Sentado en el suelo, con una muleta a cada lado, comencé a sacar carpetas, archivadores, papeles, cuadernos y una gran cantidad de polvo. Definitivamente, ordenar aquel armario era otra de las tareas que debía hacer mientras tuviera tiempo. Cada cierto tiempo conseguía encontrar en todo aquel desorden algo de lo que buscábamos. En ocasiones en unas simples cuartillas de papel, otras en pequeñas libretas. A mi lado Víctor las iba recogiendo para colocarlas en la mesa donde África y América las leían

con atención.

—¿Seguro que esto servirá para algo? —pregunté aún no muy convencido.

—Seguro —dijo África de repente imbuida de una asertividad clarividente—. Las cartas me hablan de letras, letras y almas. Si has escrito acerca de alguna persona mientras estabas de viaje es porque esa persona te ha marcado lo suficiente como para «eternizarla» en ese escrito. Tal vez has sido tú mismo el que la has atado a ti al escribir sobre ella.

No me convencía la respuesta. A lo largo de mis viajes había escrito pequeños textos inspirados en los destinos que visitaba y las gentes que conocí. Eran apenas historietas garabateadas con una intención de mero entretenimiento mientras descansaba en el hotel o hacía tiempo en el aeropuerto, pero en cuanto lo mencioné todos coincidieron en que allí podríamos encontrar la explicación.

—Fantasmas aparte —añadió América, intentando retomar el mando de la investigación—, cualquier cosa que hayas escrito podría darnos la clave sobre esa mujer. Tal vez has escrito sobre alguien o algo que no debías y ahora te buscan por eso. Deberías haberlo mencionado antes.

—Volvemos a la teoría de los espías y delincuentes —apuntó Víctor por si no me había dado cuenta.

No tenía ni pies ni cabeza. Aquellas eran historias inventadas, algunas con una trama más o menos entrelazada, pero otras eran simples descripciones de algún personaje o algún lugar. Muchas de ellas eran microrrelatos que no llegaban a las mil palabras. Algunas tenían un tono más cómico, otras estaban claramente influidas por las novelas negras que me gustaba leer y otras eran fantasías, ocurrencias inspiradas por un viaje. Me gustaba decir que trataban sobre viajeros infrecuentes, distintos, raros, partiendo de la idea de que, si no lo fueran, apenas tendrían interés, pero cuando reflexionaba sobre ello siempre acababa llegando a la certeza de que cualquier viajero, como cualquier persona, resulta infrecuente, según el momento, las circunstancias o la forma en que lo mires.

## Iguazú

Aún conservaba en la retina la última imagen, salpicada de gotas de agua, que había visto a través de la cámara de fotos. Prácticamente igual a las cientos, miles de escenas que había retratado durante los últimos dos años allí. Distinta gente, pero siempre el mismo paisaje: el río Iguazú abalanzándose al vacío en un torrente inabarcable. Las atronadoras cataratas siempre entorpecidas por uno, dos, tres o hasta diez turistas apelotonados en la pasarela que se asoma a la Garganta del Diablo a más de ochenta metros de altura. Una foto, otra foto, otra más. Repita esta, que Mariana ha salido con los ojos cerrados. Es que le molesta el agua, claro. Rápido, ahora, que ha salido un arco iris. Júntense un poco más que no salen todos. No se alongue mucho, que se pueden caer. Que se vea la cascada, señor. Claro que se veía la cascada. Llevaba dos años haciendo la misma foto, seis horas al día. Las cascadas a un lado, la frondosa vegetación al otro. Al fondo, cerca pero inalcanzable, el lado brasileño del parque nacional, al otro lado de la frontera que cruzó hace dos años con la firme intención de no volver jamás. No era determinación, era miedo, le meterían preso nada más poner un pie del otro lado.

Otra foto. Coja a la niña en brazos para que salga. Quítese la capucha para que se le vea bien la cara. No se preocupe, para ver bien Iguazú hay que mojarse. Pero al quitarse la capucha, la melena rubia se derrama como otra cascada más y cuando ella fija sus ojos en el anodino fotógrafo, le reconoce. Y él, a través del objetivo, la reconoce a ella. Su dedo inmóvil sobre el pulsador, los labios temblando bajo la cámara, la vista fija en la imagen, que ya no es como todas las demás. Es la imagen que lo cambia todo.

La escena permanece inmóvil unos segundos, incapaces ambos de reaccionar. Ella con la boca entreabierta a punto de dejar escapar un grito, él reviviendo incrédulo sus pesadillas. Los años no han hecho mella en su belleza, pero las pequeñas arrugas que adornan sus ojos parecen más fruto de la amargura que de la vejez. Sus ropas, tan opulentas bajo el impermeable, parecen fuera de lugar en medio de la selva, pero ella siempre fue alguien fuera de lo común. Los pendientes, cuajados de brillantes al final de sus lóbulos, no son los mismos que él robó al escapar. Y el marido, posando varonil junto a ella, no es el mismo que él mató hace dos años. Pero la niña, la niña de poco más de un año que sostiene en brazos, no se parece a ninguno de los dos.

Solo oyó los gritos a lo lejos, confundiéndose en su cabeza con los recuerdos, y

mientras le engullía la Garganta del Diablo, cuando el agua ya le había nublado la vista y la vida, conservaba aún en la retina la imagen de aquella familia que no fue la suya.

El resto de capítulos y relatos del libro Viajeros Infrecuentes está disponible en distintos formatos y plataformas. Puedes conseguirlo y consultar todo lo relativo a la creación de este libro y los viajes que lo inspiraron en el blog

[ViajerosInfrecuentes.com](http://ViajerosInfrecuentes.com)